

dad para los negocios; mas el haber dispuesto del primer capelo en favor de un jóven desconocido, que no tenia otro mérito que su proteccion, debilitó bien pronto el concepto formando de su prudencia y capacidad." Lo mismo dicen los demas historiadores.

Y he aquí que una cosa que nada tiene de extraño, que se vé todos los dias, una proteccion hácia una persona, es juzgada por por D. Juan Amador de la manera mas temeraria y villana. Es necesario tener una alma en que se abriguen los mas malos pensamientos, para sospechar de todo, para atravesarse á estampar una calumnia tan inmundada, como la que ha inventado ese libelista. Julio III sacó de la nada á un hombre, lo colmó de beneficios como no merecia, es cierto, lo vió como un padre á su hijo, y nada mas.

¿Qué hay en eso de extraño? Llamadlo, si quereis, una debilidad; pero si os adelantais á creer otra cosa, cuando nada mas dice la historia, ¿no heceis que á vos mismo se os juzgue como hombre de ideas muy ruines? Basta: esa clase de calumnias, si á alguno infaman, es á quien las hace.

¿Y cómo no habla el Sr. Amador del empeño y celo de este Pontífice porque el Concilio de Trento continuara sus sesiones, á fin de conseguir los grandes fines con que habia sido convocado? ¿Cómo no habla de sus trabajos para reconciliar á la Inglaterra con la Santa Sede, como lo consiguió; del homenaje que le rindió el Patriarca de Asiria, de las muestras que dió de juez íntegro é inexorable en el ruidoso asunto del asesinato del Cardenal Martinuccio, ni de nada, en suma, mas que de suposiciones gratuitas é interpretaciones impropias de un espíritu noble y bien intencionado?

### Paulo IV.

Cuando se escribe, lleno el pecho de odio, como escribe D. Juan Amador, nada es capaz de hacer abrir los ojos, ni las acciones mas gloriosas, ni los hechos mas notorios, ni el juicio de la posteridad: nada: esa pasion innoble todo lo desfigura y todo pretende mancharlo con su impuro aliento. Paulo IV, fué un hombre cuya vi-

da se reasume en estas breves frases: Como italiano, amó, cual nadie ha amado, la libertad y el engrandecimiento de Italia: como Pontífice, procuró, como pocos de sus predecesores, el acrecentamiento de la fè cristiana y la reforma de las costumbres. Esta era su divisa y su exclamacion constante: ¡reforma! ¡reforma!—Y sin embargo de que así ve el mundo desfilarse á este grande hombre, á la voz de la historia, D. Juan Amador lo llama *inhumano, dragon, astuto, odioso, imbécil*.—Dice que se declaró enemigo de algunas casas reinantes.—No, no se declaró enemigo mas que de la dominacion extranjerica, que habia hecho de una gran parte de la Italia, unos pueblos de esclavos. Paulo IV habia nacido en el siglo XV, en que la libertad de su patria despedia los mas vivos resplandores, y cuando sube al trono Pontificio, con un corazón ardiente y una voluntad de hierro, resuelve como rey y buen italiano, trabajar sin descanso por la independenciam, y la libertad y la gloria de la Italia. Esa fué, Sr. Amador, la causa de la poca armonía que reinó entre él y Carlos V, el Austria y la poderosa España de aquel tiempo. No se declaró enemigo de ese emperador, porque no pudo sufrir el verse su vasallo. Nadie podia avasallar á Paulo IV: los vasallos eran los italianos, y por ellos, y por libertarlos, van á derramar su sangre las tropas del Papa. Si amar la libertad, el engrandecimiento y la independenciam de la patria, es un crimen, el Sr. Paulo IV tuvo ese crimen, Sr. Amador.

Decís en ese estilo tan bello que usais: *que el duque de Alva lo redujo á pedir misericordia y á que le costara muy cara la fiesta*. ¡Qué mal conoceis á Paulo IV y al duque de Alva! y sobre todo, ¡qué mal habeis estudiado la historia! Pasó todo lo contrario de lo que decís. «Se convino, dice el conde de Beaufort, en que el duque de Alva iria á dar satisfaccion á Paulo IV, en nombre del rey católico.» (1) Y el valiente capitán y fervoroso católico, dobló sus rodillas ante el Papa-rey.

Lo acusais tambien de que fué amigo del nepotismo. Es cierto que confió á sus parientes empleos muy distinguidos en los asun-

(1) Tom. 5, pág. 117.

tos de guerra, sobre todo, porque entre ellos habia, como miembros de una ilustre familia, hombres de gran prestigio y muy bravos caudillos, y eso era lo que se necesitaba para luchar con el enemigo de la patria. Pero cuando el Papa conoció que abusaban de su posición, «se muestra superior á las impresiones de la carne y de la sangre, dice Pollavicinio; (1) tuvo un consistorio sumamente numeroso, llovió y detestó la vida desarreglada de sus parientes, pronunció por sí mismo un decreto que pudo mirarse como una entera reparacion de su flaqueza precedente, cualquiera que esta hubiese sido.»

Si esta nobleza de alma, si esta fuerza de voluntad, si este ejemplo de justicia, es un crimen, tuvo tambien ese crimen Paulo IV, Sr. Amador.

¿Y cómo Pontífice? ya he dicho cual era su divisa, el pensamiento que lo absorvía todo entero ¡la reforma! Nada se escapa á su penetrante mirada; su propia corte, Roma, el mundo, siente la vigorosa mano del Pontífice. La disciplina eclesiástica, el despacho de los negocios temporales y espirituales, las costumbres públicas y privadas, las órdenes religiosas, todo es llamado á examen y todo se modifica y se reforma por ese hombre severamente justo. (2) «Aquella alma, dice Bercastel, naturalmente fuerte, pero casi aniquilada con tantas alternativas de abatimiento y de vigor, adquirió de repente, antes de exhalarse, el justo temperamento de su energía natural, siendo este el fruto de la rectitud habitual de sus intenciones. No se puede negar que este Pontífice tenía mucha nobleza de alma, una delicadeza de probidad poco común en los grandes puestos, un celo extraordinario por la conservación de la fé católica en toda su pureza, y en fin, es notorio que su vida fué tan arreglada en el trono como en la congregacion de los teatinos de que fué cofundador.»

Muere lleno de años y en el ósculo del Señor, murmurando sus labios estas palabras del Salmo 51. «Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.»

(1) Lib. 14, 7.

(2) Beaufort, tom. 5, pág. 121.

Tal fué, pintado á grandes rasgos, Paulo IV. ¡En pié, Sr. Amador, al pronunciar ese nombre!

## Pio IV.

Difícilmente podría hallarse una tarea mas ingrata que la que se ha impuesto D. Juan Amador, cual es la de estar á cada línea de lo que escribe, inventando acusaciones y estampando mentiras. Ha agotado el diccionario de los dicterios; ha repetido mil y mil veces una misma cosa. Si tuviera siquiera la gracia de algunas respetables matronas, que, cuando niños, nos encantan con sus cuentos *del rey y la reina*, lo aplaudiríamos de buen agrado y le rogaríamos que *nos contara otro*; pero ¿quién tiene la paciencia de estar escuchando ese eterno retintín de: este era un Papa *ambicioso, impaciente, envidioso, comedor, monstruo feroz*; y el otro, *monstruo feroz, comedor, envidioso, impaciente, ambicioso*; y aquel, *lo mismo, lo mismo, lo mismo*? ¡Y yo he tenido y tengo todavía esa paciencia, pecador de mí!

El Sr. Pio IV no fué ambicioso, envidioso, avaro, ni nada de lo que vd. cuenta, Sr. Amador. Fué, al contrario, el hombre mas desprendido y generoso, hasta el punto de que en Pisa y Milan donde residió poco antes de ser Pontífice, conquistó del pueblo el título mas precioso que puede tener un hombre: se le llamaba el *padre de los pobres*. Yo no invento nada: vea vd. la historia: abra la de Beaufort (tom. 5) que por cierto no es nada afecto á los Papas, y ahí, y en Burio, y en Bercastel y en cualquiera que sea escrita con alguna imparcialidad, hallará lo que refiero. Allí tambien verá, no que *ofreciera coronar á Fernando, emperador*, sino otra cosa: que aprobaba su elevacion al imperio y que en la persona de su embajador, el conde de Arcos, le hacia, como de facto le hizo, todos los honores debidos á su dignidad. Allí verá tambien que, no *contra su voluntad reunió de nuevo el Concilio de Trento*, sino que ese fué su primer cuidado, casi el primer acto de su gobierno; pues que á los cuatro dias de su coronacion tuvo un consistorio muy numeroso, en el que mandó á los cardenales que

sin pérdida de tiempo averiguasen los abusos que debían reformarse en el concilio. (1) Allí verá, además, que es falso de todo punto que coartara en nada la libertad del concilio; que es mentira que así lo haya dicho, como vd. asienta, Palavicinio, sin citar donde lo dijo. Yo sí le diré á vd. donde escribió todo lo contrario: en el lib. 20, cap. 8, núm. 7, insertando una bellissima carta que Pio IV escribió á los presidentes del concilio, dice: «que (son palabras del mismo Papa) deseaba la perfecta libertad de aquella asamblea y que jamás habia prohibido que se procediese en ella á decidir sin haberle consultado antes.»

Y por fin, registre vd. los historiadores mencionados y verá que no fué *impaciente*, ni nada de lo que vd. dice en su sempiterna y pesada cantinela, sino de carácter dulce, amigo de la paz y amante de la reforma comenzada por su ilustre predecesor, aunque por medios suaves. Su gloria imperecedera es la de haber dado la última mano al Concilio de Trento, y «haber muerto, dice Bercastel, como el viejo Simeon, dando gracias al Señor, en brazos de San Carlos Borromeo y San Felipe Neri.»

### Pio V.

He vacilado en si debía ó no contestar á los ultrajes que solo una lengua procaz y maldiciente puede dirigir á este ilustre y santo Pontífice, á quien todos los católicos veneramos en nuestros altares. Sus virtudes y sus hechos son tan conocidos, han dejado tal fama en el mundo, que en nada, no, puede ofender su memoria un hombre como D. Juan Amador, por mas insultos que le haga. Hay ciertos hombres tan altos, que no los alcanzan los pobres pigmeos, por mas que chillen como venenosas sabandijas. El Sr. Amador dice que fué San Pio V de costumbres puras, que era digno de la canonizacion, que era humilde y desinteresado, y que, por su carácter, era *negro y refinadamente hipócrita*.—¿Qué se le debe contestar al que tal dice? ¡Humilde y santo, y pérfido é hi-

(1) Tom. 21 de Berault.

pócrita! Sencillamente: que quedamos entendidos de que la hipócrita y la santidad, la humildad y la perfidia, lo negro y lo blanco, son una misma cosa para D. Juan Amador.

El protestante Ranke se expresa así al tratar de San Pio V: «Después de haber hecho tanto para provocar y adelantar la obra de la restauracion religiosa; después de haber dado tantos decretos para propagarla, se necesitaba un papa como éste, á fin de que no solamente se publicase, sino se introdujese y practicase en todas partes. El celo y el ejemplo de Pio V fueron infinitamente eficaces para conseguir este objeto» (1).

Y ese celo por la fé, y esa energia incontestable, que halló dignos de los mayores elogios el mismo Ranke, ¿son para un aprendiz de protestante, *ambicion, crueldad, error y negra perfidia!*

No quiero escribir aqui la vida de este santo é inmortal Pontífice: para ello serian menester muy largas páginas: sus virtudes y sus glorias son la epopeya mas grande y gloriosa del Pontificado. Uno solo de sus hechos voy á recordar. Vió un dia, desde el Vaticano, que las huestes agarenas se movian llenas de furor y de pujanza como las olas de una mar embravecida, y que iban á caer sobre la Europa, ligeras como el rayo, impetuosas y aniquiladoras como el torbellino: eran ya dueñas del Mediterraneo, de la Grecia y de la Hungría, y solo esperaban para caer sobre la Italia, conquistar á Chipre y Malta. La cuestion era de vida ó muerte para la Europa y la civilizacion. ¿Qué hacian los reyes entretanto? Temblar y no decidirse á nada. Entonces el Pontífice romano les grita que la salvacion general estriba en la union con la Iglesia católica. Su palabra de fuego despierta á los príncipes del Modiodia de la Europa, los une, los levanta, y á poco la erriastandad, cubierta de acero y llena de fé y de bravura, se presenta al otomano en el golfo de Lepanto. Pio V ha puesto á esos guerreros esforzados bajo la orden de un jóven de veintitres años; ha puesto el pabellon de la Cruz en las manos de D. Juan de Austria, y D. Juan de Austria y su armada le arrancan para siempre

(1) Histor. del Pap. t. II.

al islamismo su estandarte, haciendo mil pedazos la odiosa Media Luna.

Ese servicio le prestó al mundo, entre mil mas, San Pio V *el pérfido, el hipócrita, el sanguinario*, Sr. Amador ¡De rodillas ante la virtud y el genio!

Por lo demas, estudiad los justos motivos por que el santo Pontífice excomulga á Isabel de Inglaterra. La execracion y el anatema universal pesaban sobre esa mujer con corazon de hiena, por las inauditas crueldades que cometió con la reina mártir, María de Escocia. Todas las testas coronadas se levantaron para pedirle la libertad de esa desgraciada princesa: el sumo Pontífice le suplica tambien pusiera término á tantas infamias, y solo cuando vió que se hacia sorda á sus súplicas y á las reconvenções de los demas reyes; solo cuando vió los destierros, las prisiones, los tormentos y todos los géneros de suplicios y vejaciones ejercidas con los obispos, sacerdotes y fieles de todas clases, cuyo delito consistia únicamente en no querer aprobar los atentados de su tiranía é impiedad; solo entónces se vió precisado á usar de la censura (1).

Lo que añadís del enviado del Papa á Felipe II para maquinara contra la vida de Isabel, que ni vos mismo creéis y que vos mismo habeis inventado, puesto que decís *que no habeis encontrado tal cosa ni en los retratos que extractais* (que es lo mas que puede decirse); todo eso, Sr. Amador, me autoriza para contestaros, por lo centécima vez, que vos mismo confesais que mentís.

### Gregorio XIII.

A este Pontífice de virtudes eminentes, le levanta D. Juan Amador tres falsos testimonios: que aprobó la matanza de S. Bartolomé; que influyó en una conspiracion que estalló en el Japon, y que aprobó una liga católica en que debia haber otra matanza de que únicamente seria esceptuado Enrique III.

Es cierto que Roma disparó su artillería é iluminó sus edificios pú-

(1) Véase á Bercastel. tom. 22. pág. 356.

blicos cuando llegó la noticia de la lamentable jornada de S. Bartolomé. Pero, ante todo, es preciso hacer constar que ese hecho atroz fué la obra de Carlos IX y del duque de Guiza: que una falsa política, y no la religion católica, fué la que hizo derramar tanta sangre francesa: la religion y el clero, y sobre todo los obispos, como el de la diócesis de Lesieux, libertaron á muchos de los mismos calvinistas de la muerte, é impidieron, ya con sus súplicas al rey, ó moviendo otros resortes, que se cometieran mas crímenes. ¿Cómo se explican, pues, los regocijos de Roma? Muy sencillamente: al Sumo Pontífice se le informó, no la verdad de los hechos, sino que habia sido sofocada una conjuracion en que se trataba de esterminar hasta el último vástago de la augusta sangre de S. Luis, derrocar la monarquía y hacer de Francia una república como la de Ginebra: se le pintó, en fin, ese hecho como la salvacion de todo un pueblo y de sus reyes, y en ese concepto permitió los regocijos públicos. Y sin embargo de que le fueron desfiguradas las cosas, exclamó, derramando amargas lágrimas: “Cuántos inocentes habrán perecido con los culpables! Pero habrán hallado gracia en presencia del justo juez.” (1)

¿Qué cosa habrá que no falsifique este Sr. Amador? Todo el mundo batió palmas y bendijo al Dios de los cristianos cuando supo los progresos que el Evangelio hacia en el Japon: el regocijo general no conoció límites cuando el sábio rey del Bongo, Civan-dono, el de Arima y el príncipe de Ozuma, hacen llegar á Roma tres embajadores, que fueron recibidos por Gregorio XIII con la mayor pompa. Luego que ven al Vicario de Jesucristo se postran á sus piés y anuncian “que han ido allí desde los climas en donde nace la aurora para confesarse súbditos del Vicario del Salvador del mundo, y rendirle homenaje en nombre de sus soberanos y de todos los fieles del Japon. (2) Los cardenales presentes y cuantos asisten á ese acto sublime, especialmente el Papa, no pueden contener las lágrimas. Gregorio XIII levanta sus manos y

(1) Bercastel, tom. XXII.

(2) Bercastel, tom. XXIII.

sus ojos al cielo, y esclama: "Ahora, Dios mio, despues de este dichoso dia, morirá en paz vuestro siervo."

Esa fué, Sr. Amador, la conspiracion que estalló en el Japon y en la que influyó Gregorio XIII.

En cuanto á la aprobacion y apoyo que el Papa prestaba á la liga de que habla el Sr. Amador, oiga lo que se lee en las Memorias del duque de Nevers: "Nunca quiso Gregorio firmar escrito con que pudieran autorizarse los de la liga: porque decia, y con razon, que era una intriga en que no descubria claramente el objeto." (1)

He ahí la buena fé de D. Juan Amador. ¿Y por qué no nos refiere que á este gran Pontífice se debe la reforma importantísima del calendario que lleva su nombre? ¿por qué no imita al protestante Ranke que hizo el mas bello elogio de este Papa en fuerza de la verdad? "Protegió, dice, los colegios de los jesuitas con una generosidad extraordinaria: hizo donaciones considerables á la casa de profesos de Roma: compró edificios, cerró calles y destinó rentas para fundar un colegio como lo vemos todavia hoy.... Se llamó el seminario de todas las naciones. Para indicar este pensamiento, que abrazaba al mundo entero, se pronunciaron en la época de su fundacion, veinticinco discursos en diferentes lenguas.... Tambien instituyó un colegio ingles y halló medios de dotarlo. En Viena y Gratz sostenia los colegios de su bolsillo.... Por consejo del obispo de Sitia fundó tambien un colegio griego." (2)

Y este hombre á quien tanto debe la civilizacion, como lo confiezan los mismos enemigos de la Iglesia, y este Pontífice de quien dice Bercastel, que los dias de su reinado fueron tan ilustres que mereceria el nombre de Grande si no lo hubiera merecido antes S. Gregorio, no obtuvo del Sr. Amador mas que el insulto y la calumnia.

(1) Mem. de Nevers, tom. I.

(2) Ranke. "Histor del Pap," tom. II.

## Sixto V.

Del pastorcillo de Montalbo á Sixto V., hay una distancia inmensa, que sin embargo salvó de un vuelo el genio de este Pontífice. Sixto V tenia una especial complacencia en hablar de la cubaña de su padre, de su pobre aldea de Montalbo y de su humilde origen. Fué uno de esos hombres que solo aparecen de siglo en siglo, para hacer ver á los pueblos atónitos lo que puede el talento humano y la grandeza de alma: uno de esos hombres que nacen en el polvo, para que se vea mejor cómo fueron sus solas fuerzas las que los levantaron hasta allí donde nacen los príncipes; hasta allí donde los reyes se sientan sobre un trono; pero un trono que les dieron sus abuelos. Sixto V no tenia de sus mayores mas que una estera y el pobre nombre de un plebeyo; pero un dia se abre paso por si mismo, llega á los palacios, ve muy pequeños á los que rodean los tronos y se retira y busca otra gloria y otro cetro, la gloria y el cetro del saber. Pero ahí van á buscarlo, y de ahí sale para ceñir la tiara del Pontífice. No le extraña esa nueva: sabia que ese era su lugar, el lugar que le habia señalado la Providencia, y se levanta, y marcha y dice: ¡heme aquí! El vicio tiembla al ver su continente resuelto, su voluntad indomable, y el vicio gime y desaparece triturado por la mano de hierro de Sixto V.

Roma y sus caminos estaban plagados de bandas de salteadores, y á poco la paz y la mas completa seguridad y la alegría son los que reinan en las campiñas y en todas partes. Roma tenia olvidados entre escombros los obeliscos y los monumentos mas gloriosos de la antigüedad; Roma vivia entre las ruinas gigantescas de otro siglo y de otros hombres; y Sixto V, no obstante los esfuerzos inútiles de Julio II y Paulo III, no obstante lo que oye decir sobre la imposibilidad de su empresa, remueve

con mil máquinas y millares de hombres los obeliscos del rey de Egipto, el que sirvió de adorno al mausoleo de Augusto, y otros dos que fueron colocados en la plaza de San Juan de Letran y en la de Santa María del Pópulo. “La cúpula de San Pedro se redondea en los aires; los dos colosales que tenían inscritos los nombres de Phidias y Praxiteles, se colocaron en frente del palacio Quirinal. Sixto V aumentó la biblioteca y la imprenta griega y oriental, y construyó también el gran hospital á lo largo del Tíber, para dos mil pobres.” (1)

Eso, Sr. Amador, no es *ferocidad de carácter*; es grandeza de carácter, son fuerzas de gigante. Es cierto que era inexorable con el crimen; pero eso tampoco es *ferocidad de carácter*, es justicia y rectitud inquebrantables. ¡Oh sí! Perseguió á la maldad donde quiera que se encontraba, aunque se abrigase bajo la sombra de los tronos, y sobre todo, cuidaba de que en la Iglesia de Dios no quedara ni un solo abuso en pié. Setenta y dos bulas que expidió durante su corto pontificado, fueron otros tantos rayos contra la perversidad de costumbres y los vicios que habían penetrado hasta el Santuario.

Para los reinos era mediador, consejero y amigo, logrando unir á los príncipes de Italia, que se despedazaban en guerras sangrientas, y haciendo también que las casas poderosas y siempre enemigas de las Colonnas y los Orsínis, depusieran sus rencores y se dieran un abrazo de paz. Puso, es verdad, á Inglaterra en entredicho; pero todos saben las crueldades de que eran víctimas los católicos, solo por serlo, y sobre todo, es muy conocida la historia de María Stuardo, de esa santa princesa, sacrificada al rencor y á la ambición de Isabel, contra quien lanzó el mundo entero un grito de maldición y de horror. Y sin embargo, “el magnánimo Sixto V prohibió, pena de galeras, que se declamase contra ella en Roma.” (2)

La calumnia de D. Juan Amador sobre que aprobó el regicidio

(1) César Cantú tom. 4 pág. 827.

(2) Beraut. tom. XXIII, pág. 133.

cometido por Jacobo Clemente, en la persona de Enrique III, la rechazamos los católicos como una vil impostura. (1) Igual respuesta merece la de que murió ahogado en manos de un asesino, enviado por Felipe II. “Conforme á la máxima de Vespasiano, el cual decia que el príncipe debe morir de pié, Sixto V murió trabajando continuamente por el bien del Estado y de la religion, á pesar de los vivos dolores de su última enfermedad, despues de haber cumplido con mucha edificacion todos los deberes de cristiano.”

## SIGLO XVII.

### Clemente VIII.

Cuenta D. Juan Amador que este Pontífice excomulgó á Enrique IV y quiso hacerlo comparecer en Roma con los piés descalzos, para afrentarlo; que se le desobedeció y que entonces se contentó con despedir á sus legados, despues de hacerlos sufrir la vergonzosa ceremonia de la flagelacion.

Hé aquí cómo un hecho altamente honroso para aquel monarca y para todas las naciones católicas, es monstruosamente desfigurado por ese *retratista*. El hecho, someramente descrito, fué este. Enrique IV, ese generoso y franco Bearnés, ese bravo y noble soldado, llega al fin á convencerse de que la Iglesia católica es la Iglesia verdadera, y abjura sus errores en medio de las aclamaciones del pueblo francés, que tanto admiraba su bizarría y caballería. Incontinenti manda sus legados á Clemente VIII para hacerle presente su conversion, y para solicitar la absolucion de las censuras en que estaba incurso, desde antes del reinado de Cle-

(1) Injustamente, dice Receveur, se ha imputado á Sixto V la apología de aquel asesino: esta calumnia se halla refutada en un escrito contemporáneo, que publicó contra la Liga el abogado general Servin. (Tom. 5. pág. 147.)

mente. Los legados fueron Ossat y Duperron, y luego que dan al Pontífice la plausible noticia de que eran portadores, luego que á las puertas de la Iglesia de San Pedro abjuran arrodillados, á nombre del rey. sus errores, derrama copiosas lágrimas de alegría, dispone procesiones y rogativas públicas á que asiste descalzo, y despues de esto toda la ciudad se entrega á los trasportes del mas puro regocijo (1). En memoria de este acontecimiento, dice César Cantú, (tom. 4. pág. 787) fué erigida la columna de la plaza de Santa María la Mayor en Roma.

Así es como D. Juan Amador mancha cuanto toca.

A Clemente VIII, honor del Pontificado, nos lo presenta la historia adornado de todas las prendas que constituyen á un gran Pontífice y á un Santo Papa. Un solo defecto tenia y lo confesamos, porque no necesita el Pontificado de mentiras para sostener su buen nombre, ni yo quiero decir mas que la verdad: ese defecto fué el excesivo cariño á sus parientes. ¿Pero qué es esa debilidad, disculpable por mil títulos, comparada con tantas virtudes como poseia ese ilustre y santo Pontífice? Trabajó con un ardor asombroso por la conversion de los cismáticos de Oriente, por la paz de la Europa, por el restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, sin que lo hicieran desmallar nunca ni el peso de los años, ni las enfermedades, ni las rigurosas penitencias á que se entregaba. El, gefe de toda la cristiandad y lleno de gravísimos negocios, recibia y oía en confesion, como cualquier simple sacerdote, á todo el que llegaba solicitándolo.

¡Y Amador se atreve á llamar á Clemente VIII *conspirador contra la vida de Jacobo y de Isabel de Inglaterra!*

### Paulo V.

Para prepararse á calumniar, segun su vieja costumbre, D. Juan Amador, comienza refiriéndonos un *hecho histórico* que no sé co-

(1) Recev tom. V, pág. 153.

mo ha llegado á su conocimiento; porque en ninguna historia, que merezca el nombre de tal, se encuentra consignado. Dice que á la eleccion de Paulo V precedió otra que hicieron cuarenta y cuatro cardenales en favor de Regio Domingo Tuschi, y al ser llevado á la Capilla Sixtina para ser saludado como Pontífice, hubo una revolucion provocada por Baronio de que resultó que volvieron al Cónclave y de ahí saliera electo Paulo V.

Y yo digo que todo eso es ensartar mentiras á mas y mejor. Haré, sin embargo, la justicia al Sr. Amador, de que no fué él quien compuso ese cuentecillo: lo hallo vestido con alguna gracia y con cierta apariencia de historia, y por eso no lo creo obra suya. Como quiera; esa es una falsedad y quiero hacerlo ver.

Segun lo que cuenta el Sr. Amador, ó el que lo cuente, Paulo V subió al Pontificado, merced á una intriga, ¿no es eso? Pues bien: oigamos á los historiadores. Comencemos por César Cantú: á nadie desagradará su testimonio. “Leon XI de la familia de los Médicis, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese). Pontífice muy estudioso ascendió á la tiara *sin ninguna intriga*, conoció su dignidad y se propuso realzar la autoridad moral del Catolicismo. Canonizó á San Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo, se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania” (1) Lo mismo puede ver el Sr. Amador en Beaufort, (tom. 5 pág. 176) y en Bercastel (tom. 24) y en Mr. de Recev. tom. V, pág. 174.) Todos hablan de la temprana muerte de Leon XI y de la inmediata eleccion de Paulo V, que fué acogida con aplauso universal, y todos tributan mil homenajes de admiracion á la virtud, á la ciencia y á las grandes prendas de este Pontífice.

Hablan, sobre todo, de “las rápidas y nuevas conquistas que hizo el catolicismo bajo el estandarte del Papado” en Polonia, en Suiza, en Alemania, en Rusia, en el Congo, y en cien naciones mas. Por todas partes esa era la gran cuestion que agitaba á los

(1) Hist. Univ. tom. 4, pág. 825.